

La leyenda del valle dormido

Washington Irving

Encontrada entre los papeles del difunto Dietrich Knickerbocker

www.librear.com

En el seno de uno de esos espaciosos recodos que forman la parte oriental del Hudson, en aquella parte ancha del río que los antiguos navegantes holandeses llamaban Tappaan Zee, donde los marinos prudentemente recogían sus velas e imploraban el apoyo de San Nicolás, se encuentra una pequeña ciudad o puerto en el cual se celebran con frecuencia ferias. Algunos la llaman Greensburgh, pero más propiamente la conoce la mayoría por Tarry Town. Se dice que le dieron este nombre las buenas mujeres de las regiones adyacentes por la inveterada propensión de sus maridos a pasar el tiempo en la taberna de la villa durante los días de mercado. Sea como quiera, yo no aseguro este hecho, sino que simplemente me limito a hacerlo constar para ser exacto y veraz. A una distancia de unos tres kilómetros de esta villa se encuentra un vallecito situado entre altas colinas, que es uno de los más tranquilos lugares del mundo. Corre por él un riachuelo, cuyo murmullo es suficiente para adormecer al que lo escucha; el canto de los pájaros es casi el único sonido que rompe aquella tranquilidad uniforme. Me acuerdo, cuando era todavía joven, haberme dedicado a la caza en un bosque de nogales que da sombra a uno de los lados del valle. Había iniciado mi excursión al mediodía, cuando todo está tranquilo, tanto que me asombraban los disparos de mi propia escopeta que interrumpían la tranquilidad del sábado y el eco reproducía. Si quisiera encontrar un retiro a donde dirigirme para huir del mundo y de sus distracciones, y pasar en sueños el resto de una agitada vida, no conozco lugar más indicado que este pequeño valle.

Debido a la peculiar tranquilidad del lugar y al carácter de sus habitantes, esta región aislada ha sido llamada el Valle Dormido. En las regiones circunvecinas se llama a los muchachos de esta región las gentes del Valle Dormido. Una ensoñadora influencia parece poseer el país e invadir hasta la misma atmósfera. Algunos dicen que un doctor alemán embrujó el lugar, en los primeros días de la colonia; otros afirman que un viejo jefe indio celebraba aquí sus peculiares ceremonias, antes que estas tierras fueran descubiertas por Hendrick Hudson. Lo cierto es que el lugar continúa todavía bajo la influencia de alguna fuerza mágica, que domina las mentes de todos los habitantes, obligándolos a obrar como si se encontraran en una continua ensoñación. Creen en toda clase de cosas maravillosas, están sujetos a éxtasis y visiones, frecuentemente observan extrañas ocurrencias, oyen melodías y voces del aire. En toda la región abundan las leyendas locales, los lugares encantados y las supersticiones. Las estrellas fugaces y los meteoros aparecen con más frecuencia aquí que en ninguna otra parte del país; los monstruos parecen haber elegido este lugar como escenario favorito de sus reuniones.

Sin embargo, el espíritu dominante que aparece en estas regiones encantadas es un jinete sin cabeza. Se dice que es el espíritu de un soldado de las tropas del gran duque de Hesse⁽¹⁾ al que una bala de cañón le arrancó la cabeza, en una batalla sin nombre, durante una revolución; los campesinos lo ven siempre corriendo por las noches, como si viajara en alas del viento. Sus excursiones no se limitan al valle, sino que a veces se extienden por los caminos adyacentes, especialmente hasta cerca de una iglesia cercana. Algunos de los más fidedignos historiadores de estas regiones, que han coleccionado y examinado cuidadosamente las versiones acerca de este espectro, afirman que el cuerpo del soldado fue enterrado en la iglesia, que su espíritu vuelve a caballo al escenario de la batalla en busca de su cabeza y que la fantástica velocidad con que atraviesa el valle se debe a que

ha perdido mucho tiempo y tiene que apresurarse para entrar en el cementerio antes de la aurora.

Esta es la opinión general acerca de esta superstición legendaria que ha suministrado material para más de una extraña historia en aquella región de sombras. En todos los hogares de la región se conoce este espectro con el nombre de "jinete sin cabeza del Valle Dormido".

Es notable que esa propensión por las visiones no se limita a las personas nacidas en el valle, sino que se apodera inconscientemente de cualquiera que reside allí durante algún tiempo. Por muy despierto que haya sido antes de llegar a aquella región, es seguro que en poco tiempo estará sometido a la influencia encantadora del aire y comenzará a ser más imaginativo, a soñar y ver apariciones.

Menciono este pacífico lugar con todas las alabanzas posibles, pues en tales aislados valles holandeses, que se encuentran esparcidos por el Estado de Nueva York, se conservan rígidamente las maneras y las costumbres de la población, mientras que la corriente emigratoria que lleva a cabo tan incesantes cambios en otras partes de este inquieto país, barre todas esas cosas antiguas, sin que nadie se preocupe por ellas. Esos valles son pequeños remansos de agua tranquila, que pueblan las orillas del rápido río. Aunque han pasado muchos años desde que atravesé las sombras del Valle Dormido, me pregunto si no encontraría todavía los mismos árboles y las mismas familias vegetando en aquel recogido lugar.

En este apartado sitio vivió, en un remoto período de la historia americana, un notable individuo llamado Ichabod Crane, que residía en el Valle Dormido con el propósito de instruir a los niños de la vecindad. Había nacido en Connecticut, región que suministra a los Estados Unidos no sólo aventureros de la mente sino también del bosque, y que produce anualmente legiones de leñadores y de maestros de escuela. Crane era alto, excesivamente flaco, de hombros estrechos, largo de brazos y piernas y manos que parecían estar a una legua de distancia de las mangas.

Su cabeza era pequeña, plana vista desde arriba, provista de enormes orejas, grandes ojos vidriosos y verduscos y una nariz grande, prominente, por lo que parecía un gallo de metal de una veleta, que indica el lado del cual sopla el viento. Al verle caminar en un día tormentoso, flotando el traje alrededor de su cuerpo esmirriado, se le podía haber tomado por el genio del hombre que descendía sobre la tierra.

La escuela era un edificio bajo, construido rústicamente con troncos, que se componía de un solo cuarto; algunas de las ventanas tenían vidrios; otras estaban cubiertas con hojas de viejos cuadernos de escritura. En las horas que el maestro no se encontraba en la escuela, se mantenía cerrada mediante una varilla de madera flexible, fijada al picaporte de la puerta y barras que cerraban las contraventanas. Estaba situada en un paraje bastante solitario, pero agradable, al pie de una boscosa colina; un arroyuelo corría cerca de ella y en uno de sus extremos crecía un gran álamo. El murmullo de las voces de los alumnos recitando sus lecciones, parecía, en un soñoliento día de verano, algo así como el runrún de una colmena, interrumpido de cuando en cuando por la voz autoritaria del maestro, en tono de amenaza o de orden, o quizás por el sonido de la vara, que hacía marchar por el

florido sendero del conocimiento a alguno de sus discípulos. Ciertamente los discípulos de Crane no se echaban a perder.

Sin embargo, no quisiera que el lector se imagine que Crane era uno de esos crueles directores de escuela que se complacen en el suplicio de sus educandos; por el contrario, administraba justicia con discreción, más bien que con severidad, evitando cargar los hombros de los débiles y echándola sobre los de los fuertes. Perdonaba a los flojos muchachos que temblaban al menor movimiento de la vara; pero las exigencias de la justicia se satisfacían suministrando una doble porción a algún chiquillo holandés obstinado, que se indignaba y se endurecía bajo el castigo. Crane decía que esto era "cumplir con su deber para con los padres"; nunca infligió una pena sin asegurar que el niño "lo recordaría para toda la vida y se lo agradecería mientras viviera", lo que era un gran consuelo para sus discípulos. Cuando terminaban las clases, Crane era el compañero de los muchachos mayores; en ciertas tardes acompañaba a sus casas a los menores que se distinguían por tener hermanas bonitas o por ser sus madres muy reputadas por la excelencia de su cocina. Le convenía estar en buenas relaciones con sus discípulos. La escuela producía muy poco, tanto que difícilmente hubiera bastado para proporcionarle el pan de cada día pues era un gran comilón y, aunque flaco, tenía la capacidad de expansión de una boa. Para ayudarlo a mantenerse, de acuerdo con la costumbre de aquellas regiones, le proporcionaban casa y comida los padres de sus discípulos. Vivía una semana en casa de cada uno de ellos, recorriendo así toda la vecindad, llevando sus efectos personales atados en un pañuelo de algodón. Para que esta carga no fuera muy onerosa para la bolsa de sus rústicos protectores, que se inclinaban a considerar la escuela como un gasto superfluo y que tenían a los maestros por simples zánganos, Crane se valía de diferentes procedimientos para hacerse útil y agradable.

En muchas ocasiones ayudaba a los hacendados en los trabajos menos difíciles: formar las parvas, llevar los caballos al abrevadero y las vacas a las tierras de pastoreo, cortar madera para el invierno, etc. Dejaba de un lado toda aquella dignidad e imperio absoluto, con los que dominaba su pequeño reino escolar. Era entonces gentil y sabía ganarse las voluntades a maravilla. Se congraciaba a los ojos de las madres, acariciando los chiquillos, particularmente a los más pequeños; como el león que de puro magnánimo se hizo amigo de la oveja, se pasaba las horas enteras con un niño en las rodillas, mientras con el pie mecía la cuna de otro.

Además de sus otras actividades, era maestro de canto de la vecindad y ganaba buenos chelines, instruyendo a la gente joven en el canto de los salmos. Era materia de no poco orgullo para él apostarse los domingos en el coro de la iglesia acompañado por un grupo de cantores elegidos, entre los cuales se distinguía a los ojos del párroco, según su opinión. Ciertamente su voz se elevaba muy por encima de la del resto de la congregación. En aquella iglesia todavía se oyen los domingos trémolos que alcanzan a más de un kilómetro de distancia y que muchos tienen por descendientes legítimos de la nariz de Crane.

Mediante estos diversos procedimientos, mediante esa ingeniosa manera que el vulgo llama "por las buenas o por las malas", aquel notable pedagogo vivía bastante bien; todos

los que no entienden nada del trabajo intelectual creían que su vida era maravillosamente fácil.

Generalmente, el maestro de escuela es un hombre de cierta importancia en los círculos femeninos de una región rural, por considerársele una especie de caballero que nada tiene que hacer y cuyos gustos y conocimientos son enormemente superiores a los de los rudos campesinos y cuya sabiduría es sólo inferior a la del párroco. En consecuencia, en cuanto aparece a la hora del té en un hogar campesino, provoca una cierta agitación y hace aparecer sobre la mesa un plato más de pastelería o de dulces, induciendo a veces al ama de casa a sacar a relucir la tetera de plata. Todas las damiselas de la región sonreían a nuestro hombre de letras. ¿Qué buen papel hacía entre ellas, en el patio de la iglesia, durante los intervalos del oficio divino! Los galanes rurales, tímidos y torpes, se quedaban con la boca abierta y envidiaban su elegancia superior y sus habilidades.

Esta vida errante le convertía en una especie de gaceta ambulante que llevaba de casa en casa todas las murmuraciones locales, por lo cual siempre se le recibía con satisfacción. Las mujeres le estimaban por ser hombre de gran erudición, que había leído íntegramente varios libros y que dominaba a la perfección el de Cotton Mathers⁽²⁾, *Historia de la brujería en Nueva Inglaterra*, obra en la cual él creía a pie juntillas.

Crane era una extraña mezcla de picardía aldeana e ingenua credulidad. Su apetito por lo maravilloso y su capacidad para digerirlo eran igualmente extraordinarios, cualidades ambas que había aumentado residiendo en aquella región encantada. Ningún relato era demasiado extraño o monstruoso para sus tragaderas. Después de haber terminado sus clases, se entretenía, tendido en el prado, junto al arroyuelo que pasaba al lado de su escuela, en leer el terrible libro de Mather, hasta que la página impresa era sólo un conjunto de puntos negros. Se dirigía entonces a través de los arroyos y pantanos y de los sombríos bosques hasta la granja, donde le tocaba vivir aquella semana. En aquella hora embrujada, todo sonido, todo ruido de la naturaleza excitaba su calenturienta imaginación. En tales ocasiones su único recurso para cambiar de ideas o alejar los espíritus maléficos consistía en cantar salmos; las buenas gentes del Valle Dormido, sentadas a las puertas de sus casas, se asustaban al oír sus nasales melodías que venían de alguna colina distante o seguían a lo largo del polvoriento camino.

Otra de sus terribles diversiones consistía en pasar las largas noches de invierno con las viejas mujeres holandesas, mientras hilaban al lado del fuego, donde se asaban las manzanas. Escuchaba entonces sus maravillosos relatos acerca de aparecidos, de espíritus, casas, arroyos, puentes y campos encantados, y en particular del jinete sin cabeza o el soldado de Hesse, como se le llamaba a veces. En pago de esto, las divertía igualmente con sus anécdotas de brujerías y las portentosas visiones y terribles signos y sonidos del aire, que prevalecía en los primeros tiempos de Connecticut y las aterrorizaba con divagaciones acerca de los cometas y las estrellas fugaces y con la circunstancia alarmante de que el mundo daba vueltas y que la mitad de él se encontraba patas arriba.

Pero si significaba un placer sentirse bien abrigado al lado del fuego, en un cuarto en el que no se atrevería a presentarse ningún fantasma, bien caro le costaba, pues debía

pagarlo con los terrores de su vuelta a casa. ◦ Qué terribles formas y sombras se cruzaban en su camino, a la claridad débil y espectral de una noche de nevada! ◦ Con qué ansiosa mirada observaba el más débil rayo de luz que provenía de alguna ventana distante! ◦ Cuántas veces le asustó un arbusto cubierto de nieve, que parecía un espectro revestido de una sábana y que se interponía en su camino! ◦ Cuántas veces retrocedió espantado al oír el ruido que hacían sus propias pisadas sobre la tierra helada! Temía mirar hacia atrás, de puro miedo de ver algún horrible monstruo. ◦ Cuántas veces se sentía próximo a desmayarse por confundir el movimiento de los árboles, causado por una ráfaga de viento, con el jinete sin cabeza!

Todo esto no era más que el terror de la noche, fantasmas de la mente que se deslizan en la oscuridad; aunque había visto durante su vida numerosos espíritus y más de una vez se había sentido poseído por el mismo Satanás en diferentes formas, todo terminaba con la llegada del día; hubiera sido un hombre feliz a pesar del diablo y de sus malas obras, si no se hubiera cruzado en su camino un ser que causa más preocupaciones a los hombres mortales que los aparecidos, los espíritus y todas las brujas juntas: una mujer.

Entre los discípulos de música que se reunían una tarde por semana para aprender el canto de los salmos, se encontraba Katrina Van Tassel⁽³⁾, hija única de un rico labrador holandés. Era una bellísima niña de 18 años, bien metida en carnes, madura de tez y sonrosada como una de las peras de la huerta de su padre, unánimemente estimada, no sólo por su belleza sino por la riqueza que había de heredar. Era algo coquetuela, como se veía en su vestido, que era una mezcla de lo antiguo y lo moderno, muy apropiada para hacer resaltar sus encantos. Llevaba joyas de oro puro, que había traído de Saardam⁽⁴⁾ su bisabuela, el tentador jubón de los antiguos tiempos y una falda provocadoramente corta, tanto que descubría el más bello pie de todos los contornos.

Crane tenía corazón blando y veleidoso, que se parecía por el bello sexo. No es de extrañar que muy pronto se decidiera por un bocado tan tentador, especialmente después de haber visitado la casa paterna.

El viejo Baltus Van Tassel era el más perfecto ejemplar de granjero próspero, contento con el mundo y consigo mismo. Cierto es que sus miradas o sus pensamientos nunca pasaban más allá de las fronteras de su propia granja, pero dentro de ella todo estaba limpio, en buen orden y bien arreglado. Sentíase satisfecho de su riqueza, pero no orgulloso de ella, y se vanagloriaba más de la abundancia en que vivía que de su estilo de vida. Su granja estaba situada a orillas del Hudson y en uno de esos rincones fértiles en los cuales gustan tanto de hacer sus nidos los labradores holandeses. Daba sombra a la casa un árbol de gran tamaño, al pie del cual brotaba una fuente de la más límpida agua que, formando un estanque, se deslizaba después entre los pastos, corriendo hasta un arroyuelo cercano. Cerca de la vivienda se encontraba un depósito tan grande que hubiera podido servir de capilla, y que parecía estallar de puro cargado con los tesoros que producía la tierra. Allí se oía continuamente, de la mañana a la noche, el ruido de los instrumentos de labranza; cantaban sin interrupción los pájaros; las palomas, que parecían vigilar el tiempo metían la cabeza entre las alas, mientras otras la ocultaban entre las plumas de la pechuga, y otras cortejaban a sus damas, emitiendo los gritos propios de su raza e hinchando el pecho, además de estar todas ellas dedicadas a la importante tarea de

tomar el sol. Los cerdos, bien alimentados, gruñían reposadamente, sin moverse, en la tranquilidad y abundancia de sus zahúrdas, de donde salían, de cuando en cuando, pjaras de lechones, como si quisieran tomar un poco de aire fresco. Un numeroso escuadrón de gansos, blancos como la nieve, nadaban en un estanque adyacente, arrastrando detrás de sí su numerosa prole. Los pavos recorrían en procesión la granja. Ante la puerta del depósito hacía guardia el valiente gallo, ese modelo de esposos, de soldado y de caballeros, batiendo sus relucientes alas y cacareando todo su orgullo y la alegría de su corazón. Algunas veces se dedicaba a escarbar la tierra, llamando entonces generosamente a su siempre hambrienta familia para que compartiera el riquísimo bocado que acababa de descubrir.

Al pobre pedagogo se le hacía la boca agua al observar toda aquella riqueza. Su mente, continuamente torturada por el hambre, le hacía imaginarse todo lechón sabrosamente metido en un pastel y con una manzana en la boca; las palomas se las representaba sin esa fruta; los gansos nadaban en su propia grasa, y los patos por pares, como marido y mujer, envueltos en salsa de cebolla. Veía a los puercos desprovistos de su grasa y de los jamones, los pavos presentados a la mesa como es costumbre, sin faltarles un collar de sabrosos embutidos; todo cantaclaro aparecía en el plato con una expresión como si pidiera el cuartel que nunca había querido dar en vida.

Mientras la imaginación de Crane pintaba todas estas cosas, sus ojos verdes recorrían los ricos pastos, las abundantes plantaciones de trigo, centeno y maíz y la huerta llena de árboles frutales que rodeaba la casa de Van Tassel. Su corazón ardía por la damisela que había de heredar todo aquello, imaginándose lo fácil que sería transformarlo en dinero contante y sonante, que podría invertirse en inmensas extensiones de tierras vírgenes y palacios de madera en otras soledades. Su fantasía le llevaba tan lejos que lo daba todo por hecho, y ya se veía con la bella Katrina y una tropa de chiquillos, en una carreta, cargada con toda clase de utensilios domésticos, galopando él mismo al lado en una yegua a la que seguía un potrillo, rumbo a Kentucky, Tennessee, o Dios sabe a dónde.

Cuando entró en la casa, quedó completada la conquista de su corazón. Era uno de esos espaciosos hogares aldeanos, construido en el estilo de los primeros colonos holandeses. El techo se prolongaba más allá de los muros, formando una especie de galería a lo largo del frente de la casa que podía cerrarse en caso de mal tiempo. Allí se encontraban guadañas, arcos de montar y diversos instrumentos agrícolas, así como redes para pescar en el río cercano. A lo largo del muro había bancos, que se utilizaban sólo en verano. En un rincón se encontraba una rueca y en otro una máquina para hacer manteca, lo que demuestra los diversos usos a que se destinaba aquel porche. De aquí el admirado Crane pasó al vestíbulo que formaba el centro de la casa y que era el lugar de residencia habitual. En un armario de cristales relucían hileras de fina porcelana. En un rincón había un fardo de lana, listo para hilar; en otro, el lino esperaba lo mismo; guirnaldas de manzanas y peras secas mezcladas con pimientos colgaban de los muros; una puerta abierta le permitió observar la sala de las visitas, donde las sillas y los muebles de caoba brillaban como espejos; decoraban la habitación naranjas de yeso y diversas conchas marinas; huevos de diferentes colores formaban otras guirnaldas; en el centro del cuarto colgaba un gran huevo de avestruz y un esquinero mostraba enormes tesoros de plata vieja y rica porcelana.

Desde el mismo momento en que Crane puso sus ojos sobre estas regiones celestiales, terminó la paz de su espíritu y el solo objeto de sus estudios consistía en ganar el afecto de la hija única de Van Tassel. En esta empresa encontró dificultades mayores que las de los caballeros andantes del año de Maricastaña, que rara vez tenían que vérselas sino con gigantes, encantadores, fieros dragones y otras cosas del mismo jaez, fáciles de vencer, y a los que les era preciso abrirse camino simplemente a través de puertas de hierro y bronce y muros de diamante, hasta la parte interior del castillo, donde estaba confinada la dama de sus pensamientos. Todo esto aquellos luchadores lo hacían tan fácilmente como partir un pastel de Navidad, ante lo cual la dama les concedía su mano, como si fuera la cosa más natural del mundo. En cambio, Crane tenía que encontrar su camino hasta el corazón de una coqueta campesina, que poseía un verdadero laberinto de caprichos y ocurrencias y que cada día presentaba nuevas dificultades e impedimentos; además tenía que habérselas con numerosos y formidables adversarios, seres de carne y hueso, rústicos admiradores que guardaban celosamente todas las puertas que conducían a su corazón, vigilándose mutuamente, prontos para hacer causa común contra algún nuevo competidor.

Entre éstos, el más formidable era un muchachón, ancho de espaldas, bullicioso, jovial, que se llamaba Abrahán, o de acuerdo con la abreviatura holandesa, Brom Van Brunt, héroe de los contornos, en los cuales llevaba a cabo sus hazañas de fuerza y de resistencia. Su pelo era negro, ondulado y lo llevaba muy corto; su rostro reflejaba una expresión burlona, pero no desagradable, mezcla de mofa y arrogancia. Por su cuerpo hercúleo y fuertes brazos le llamaban Brom Bones⁽⁵⁾, nombre por el cual era generalmente conocido. Tenía fama de ser gran caballista y de dominar su caballo como un tártaro. Era el primero en todas las carreras y riñas de gallos; con el ascendiente que presta la fortaleza física en la vida rural, era el juez indiscutido de todas las disensiones. Entonces echaba su sombrero hacia un lado y daba su opinión con un aire que no admitía broma o réplica.

Siempre estaba dispuesto para una pelea o una fiesta, pero todas sus acciones tenían más de traviesas que de malvadas. A pesar de toda su rudeza, poseía en el fondo un carácter bromista. Tenía tres o cuatro compañeros, amigos íntimos suyos, que le tomaban como modelo y a la cabeza de los cuales recorría la región, presentándose en todo lugar donde se prometiera una pelea o una fiesta. En tiempo frío se distinguía por un gorro de piel, rematado en una orgullosa cola de zorro; cuando las gentes, reunidas por cualquier motivo, distinguían a la distancia esta bien conocida cresta, entre otros jinetes, se disponían para una tormenta. Algunas veces se oía a él y a sus compañeros pasando a caballo a lo largo de las granjas, gritar y cantar como una tropa de cosacos del Don; las mujeres de edad, arrancadas al sueño por aquel barullo, escuchaban el desordenado ruido hasta que se perdía en la lejanía, y exclamaban entonces: ". Ah! Ahí van Brom Bones y sus amigos". Los vecinos le consideraban con una mezcla de terror, admiración y buena voluntad; en cuanto ocurría alguna pelea u otro desorden en la vecindad, sacudían la cabeza y afirmaban que Brom Bones era la causa de todo.

Este héroe teatral eligió a Katrina como objeto de sus galanterías, y aunque sus escauceos amorosos se parecían a las gentiles caricias de un oso, se decía que ella no le había desahuciado completamente. Lo cierto es que sus avances eran la señal para que se

retiraran sus rivales, que no sentían ninguna inclinación por entrometerse en los amores de un león, tanto que cuando observaban el caballo de Brom Bones atado en el terreno de Van Tassel, signo seguro que él se encontraba allí cortejando, todos los otros admiradores de Katrina seguían desesperados y se apresuraban a dar batalla en otros cuarteles.

Este era el formidable rival con el cual tenía que habérselas Crane; examinando la situación desde todos los puntos de vista, un hombre más fuerte que él hubiera retrocedido; otro más sabio hubiera perdido toda esperanza. Felizmente, su naturaleza era una extraña mezcla de flexibilidad y perseverancia; aunque se doblaba, nunca se rompía; aunque se inclinaba ante la más leve presión, en cuanto ésta desaparecía, se erguía otra vez, levantando su cabeza tan altiva como antes.

Hubiera sido locura invadir abiertamente el campo que el enemigo creía suyo, pues no era hombre que sufriera desengaños de amor, como Aquiles, aquel otro apasionado amante. En consecuencia, Crane llevó a cabo sus avances de una manera suave e insinuante. Pretextando sus clases de canto, visitó con frecuencia la granja, sin tener nada que temer de la engorrosa intervención de los padres de Katrina. Balt van Tassel era un hombre indulgente y bondadoso; amaba a su hija más que a su pipa, y como persona razonable y excelente padre, la dejaba hacer lo que quisiera. Su mujer estaba demasiado ocupada con la casa y el cuidado del gallinero, pues, como decía muy sabiamente, los patos y los gansos son tontos y hay que vigilarles, mientras que las muchachas pueden cuidarse a sí mismas. Mientras esta diligente mujer daba vueltas por la casa o trabajaba en la rueca, el honrado Balt fumaba su pipa, observando la veleta de madera que coronaba el depósito. Entretanto, Crane proseguía haciendo la corte a su hija, al lado de la fuente o caminando lentamente, a media luz, en esa hora tan favorable para la elocuencia del amante.

Confieso que no sé cómo se corteja y se gana el corazón de una mujer. Para mí ha sido siempre materia de reflexiones y admiración. Algunas parecen tener sólo un punto vulnerable o puerta de entrada, mientras que otras parecen tener millares de avenidas, por lo que pueden ser conquistadas de mil maneras distintas. Es un gran triunfo de habilidad ganar a una de las primeras, pero una demostración mejor de estrategia mantener la posesión de una de las segundas, pues un hombre debe defender toda puerta y toda ventana de su fortaleza. El que gana mil corazones corrientes tiene derecho a una cierta fama, pero el que mantiene posesión indiscutible del de una coqueta es un héroe. No ocurrió así con el temible Brom Bones; su interés declinó visiblemente en cuanto Crane hizo sus primeros avances; en las noches de los domingos, ya no se observaba a su caballo atado en las tierras de Van Balten; gradualmente se produjo un odio mortal entre él y el pedagogo del Valle Dormido.

Brom, que a su manera era un rudo caballero, hubiera llevado las cosas por la tremenda hasta la guerra abierta y arreglado aquel asunto como los caballeros errantes de antaño, por combate entre los dos. Pero Crane estaba demasiado convencido de la superioridad de su adversario para aceptar ese procedimiento. Había oído una afirmación de Bones, según la cual iba "a doblar al dómine en dos y meterlo en un cajón de algún armario de la escuela" y deseaba ardientemente no darle oportunidad de cumplir su amenaza. Había algo extremadamente provocador en este sistema obstinadamente

pacífico; no le quedaba a Brom otro recurso que proceder con la rusticidad de su naturaleza y hacer a su rival objeto de toda clase de bromas. Crane se convirtió en la víctima de las juguetonas persecuciones de Bones y sus amigos. Estos invadieron sus hasta entonces pacíficos dominios y disolvieron una reunión de su clase de canto, tapando desde afuera la chimenea. A pesar de sus formidables cerrojos y precauciones, entraron una noche en su escuela y pusieron todo patas arriba, por lo cual, a la mañana siguiente, el pobre maestro de escuela empezó a creer que todas las brujas de los contornos se habían reunido allí. Pero lo que era aun más molesto, Brom no desperdiciaba oportunidad de ponerle en ridículo delante de la elegida de su corazón. Trajo un perro, verdadero campeón de los sinvergüenzas entre los de su raza, al que había enseñado a aullar de la manera más afrentosa, y lo presentó como rival de Crane, capaz de darle a ella lecciones de canto.

De este modo prosiguieron las cosas, sin producirse ningún choque entre ambas potencias beligerantes. En una bella tarde de otoño, Crane, bastante pensativo, estaba sentado en su trono, una silla alta, desde la cual vigilaba todos los negocios de su pequeño imperio literario. Tenía en la mano la palmeta, símbolo de su despótico poder.

La vara con que se administraba justicia reposaba detrás del trono, desde donde era perfectamente visible como perpetua advertencia para los malos. Sobre la mesa se veían numerosos artículos de contrabando y armas prohibidas, secuestradas a los chiquillos: manzanas a medio morder, hondas, trompos, jaulas para moscas, y toda una colección de gallos de pelea, lindamente cortados en papel. Aparentemente, hacía poco que se había administrado algún terrible acto de justicia, pues todos los escolares estudiaban sus libros con extraordinario ahínco, o hablaban en voz muy baja entre ellos, sin perder de vista al maestro. Reinaba en toda la escuela un silencio como el de una colmena de abejas. Fue interrumpido por la aparición de un negro, que llevaba un resto de sombrero redondo, como el casco de Mercurio; montaba un infame caballejo, que por lo visto no sabía lo que era la doma, y al que manejaba con un ronzal, en lugar de brida. Cayó a la escuela con una invitación para Crane a asistir a una reunión que se celebraría aquella noche en casa de Mynheer Van Tassel. Después de haber entregado su mensaje con ese aire de importancia y ese esfuerzo por hablar de lo fino que es propio de un negro en embajadas de esa clase, cruzó el arroyuelo y se le vio dirigirse hacia el extremo del valle, lleno de la importancia y urgencia de su misión.

Todo era ahora prisa y tumulto en la escuela. Crane instó a los alumnos a que ganasen tiempo en sus lecciones, sin preocuparse de niñerías. Los que eran ágiles se tragaron la mitad; los remisos recibieron, de cuando en cuando, unos golpes suaves, allí donde termina la espalda, para que se apresuraran o pudiesen leer una palabra larga. Se dejaron a un lado los libros, sin guardarlos en los cajones, se volcaron los tinteros, los bancos quedaron patas arriba, y toda la escuela quedó en libertad una hora antes del tiempo usual. Todos los diablos encerrados en ella salieron al campo, aullando y haciendo toda clase de maldades, alegres por su pronta emancipación.

El galante Crane pasó por lo menos una media hora extraordinaria, arreglando y cepillando su ropa: un único traje negro. También se arregló sus tirabuzones, delante de un pedazo de espejo, que colgaba de uno de los muros de la escuela. Para poder aparecer

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

